

***Amor con vista* de Juan Enríquez de Zúñiga:
libro de pastores, novela corta, compendio de saber¹**

Cristina Castillo Martínez
(Universidad de Jaén)

Juan Enríquez de Zúñiga, un jurista convertido en narrador

A comienzos del siglo XVII, momento de indudable experimentación narrativa, se ejercitaba como escritor Juan Enríquez de Zúñiga, un jurista emparentado con Alonso de Ercilla², nacido en la Guadalajara de los Mendoza³ entre 1580 y 1590. Este doctor en ambos Derechos, consultor del Santo Oficio además de Alcalde mayor de Ávila⁴, daba a las prensas la que iba a ser su primera obra, con el título de *Amor con vista* y el añadido de *Lleva una sumaria descripción del mundo, así de la parte elemental como de la aetérea*. Lo hacía en el complejo año de 1625, a partir del cual se iniciaría una década de prohibición de novelas y comedias en Castilla (Moll 1974).

No sería esta su única obra. Le seguirían una novela bizantina (que por sus características genéricas escapaba a aquel control) titulada *Historia de las fortunas de Semprilis y Genorodano* (Madrid, Juan Delgado, 1629), una *Historia de la vida del primer César* (Madrid, viuda de Juan González, 1633) y unos *Consejos políticos y morales* (Cuenca, Julián de la Iglesia, 1634), con los que conseguiría un considerable éxito. Al parecer estaba inmerso en la escritura de una *Historia de la ciudad de Guadalajara* y de un libro de Derecho titulado *Officina Iuris* que no llegaron a publicarse.⁵ Lo que sí que se conservan son algunos textos vinculados con su labor como especialista en leyes (*Adiciones manuscritas a la genealogía verdadera de los ilustres de España* y un *Papel... respondiendo a un Memorial dado a S.M. en que se ofrece hacer navegable al Manzanares y se presentan grandes utilidades que se supone han de resultar desta obra* (Catalina 1899, 108; González de Amezúa 1952,

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto I+D+i del MINECO *La novela corta del siglo XVII: estudio y edición* (y III) (FFI2017-85417-P). Agradezco a los profesores José Manuel Pedrosa, Rafael Bonilla, Ana Isabel Martín Puya y Emma Nishida sus generosas y útiles respuestas a mis dudas.

² Como él mismo confiesa en la *Historia del primer César* (1633, 106r): “Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, digo, caballero del Orden de Santiago, el que no faltando a las obligaciones de tan gran soldado cumplió con las de tan ingenioso y docto en el célebre libro que hizo, a quien de las crueles guerras que le dieron asunto para él intituló *La Araucana*, a cuyas alabanzas no quiero dar principio porque la sangre de Zúñiga, que dél tengo, no me haga mostrar apasionado de modo que venga una verdad tan recibida de todos, como esta, a perder algo de sus quilates”.

³ A cuyo servicio estuvo casi toda su vida, según se deduce de la Dedicatoria a don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza en sus *Consejos políticos y morales* (1634b): “pues desde que nos trasladamos a Guadalajara desgajados del ilustre tronco y casa en la montaña de los Enríquez de Campo Redondo, legítima descendencia y conocida sangre del señor rey don Alfonso Onceno, hemos corrido tan por cuenta de su casa de V. Exc. que a vista de las mercedes que nos ha hecho, ninguna cosa ha sido más y pocas han igualado”.

⁴ Llegaría a serlo de Cuenca, Córdoba y León.

⁵ Según datos que aporta el propio Enríquez de Zúñiga en un curioso documento de dos folios en el que hace relación de sus méritos y que transcribe González de Amezúa (1951, 196).

207). Todos estos títulos que apuntan en distintas direcciones hablan, por tanto, de un Enríquez de Zúñiga jurista, narrador, filósofo moral e historiador.

No es mucha más la información que tenemos acerca de su vida tras la publicación de estas obras. Se ha tomado como último dato de su existencia el intercambio de cartas que mantiene en septiembre de 1652 con fray Alonso de Ajofrín, bibliotecario del monasterio de San Jerónimo de Talavera, localidad en la que al parecer residió (Catalina 1899, 103-104, González de Amezúa 1951, 191).⁶ Su muerte, según González de Amezúa (1952, 193), debió de producirse entre 1662 y 1670, aunque es probable que tuviera lugar algo después, si tenemos en cuenta un breve opúsculo que lleva su nombre y está fechado en 1673, pero que no reseñó el crítico literario, *El árbitro entre las dos opiniones. Una, que se funden en esta corte dos hospicios, uno para hombres y otro para mujeres en que se recojan los pobres mendicantes legítimos. Otra, que se opone a esta* (Madrid, Domingo García Morrás). No he conseguido localizar ninguna edición anterior y la dedicatoria no lleva data, pero si no es reedición, parece posible que se imprimiera en vida del autor y que, por tanto, haya que retrasar el año de su muerte.

Sea como fuere, lo importante es que estamos ante alguien que sintió un gran interés por la cultura en un sentido amplio⁷, y al que se le debió de reconocer y respetar por ello si atendemos a la citada carta en la que Alonso de Ajofrín recurre a él para completar las páginas que le faltan de su *Crónica de Enrique IV*: “Y si he de decir verdad, me huelgo que el original que sigo tenga esta laguna para poder sacar a la margen que se sacó del libro de D. Juan Enríquez de Zúñiga” (90v). Dejando al margen la posible amistad o incluso el respeto que pudiera profesarle por su cargo, ¿a quién acudiría un exigente y pulcro bibliotecario⁸, sino a un gran bibliófilo y consumado lector?

Amor con vista: una obra, dos ediciones

Con todo, Enríquez de Zúñiga es un escritor cuyo nombre rara vez aparece en manuales y catálogos; difícil rescatar a todos los que se lanzaron a la ficción escrita entre tan fecundo panorama. La vinculación de la *Historia de Semprilis y Genorodano* con el *Persiles* le ha permitido ocupar un lugar dentro del subgénero de la narrativa bizantina (González Rovira 1996, 293-310), pero *Amor con vista* ofrece más dificultades de adscripción genérica por el hibridismo que lo caracteriza, pues es libro de pastores, novela corta, compendio de saber y cancionero. Bien es verdad que, aunque ninguno de estos epígrafes es enteramente satisfactorio sin el concurso del

⁶ Algunas de estas cartas aparecen reproducidas en el tomo II de un manuscrito del XVII que lleva por título *Miscelánea histórico política*: “Carta de fray Alonso de Ajofrín a Don Juan Enríquez de Zúñiga, consultor del Santo Oficio y Alcalde Mayor de León, pidiéndole el envío de un capítulo de la Crónica de Enrique IV. Salamanca, 26 de febrero de 1652. Respuesta a la misma de Don Juan Enríquez. León, 26 de marzo de 1652 (h. 89v-90v)”, BNE Mss/11206.

⁷ “La sabiduría y virtud, compañera es eterna del hombre: en los trabajos le consuela, en las peregrinaciones le acompaña, con la vejez se aumenta, ningún contrario tiene, todo lo que parece que la ha de obscurecer la hace más lucir” (Enríquez de Zúñiga 1634b, 9r-v).

⁸ A este respecto resulta interesantísimo el comienzo de la carta en que Ajofrín realiza una crítica a la imprenta: “No está averiguado a mi juicio si la invención de la imprenta fue en beneficio o daño de la república [...] Ahora, con tanto libro, no hay tiempo para leer y entender solo el argumento de lo que tratan” (*Miscelánea histórico política*, tomo II, BNE Mss/11206, 89v-90).

resto, se ha incluido, en varias ocasiones, bajo la sombra de lo pastoril (Solé-Lerís 1980, 131-132; López Estrada, Huerta Calvo e Infantes 1984, 171; López Estrada 2001, 177-179). Se ha subrayado, eso sí, su heterogeneidad, aspecto que apuntó González de Amezúa (1951, 208-210) y que ha desarrollado con acierto Carlos Vaíllo (2008) en el único estudio que, hasta ahora, aborda con exclusividad las particularidades de este texto.

Amor con vista apareció publicado por primera vez en Madrid en 1625⁹ y casi diez años después el autor volvió a editarlo en las prensas conquenses¹⁰ de Julián de la Iglesia.¹¹ En los preliminares ya no incluía las seis composiciones laudatorias que llevaban la firma, por un lado, de personajes de la ciudad de Guadalajara (como el presbítero Baltasar de Magaña, el regidor Martín de Castilla y Portugal, Francisco Enríquez de Zúñiga, primo del autor, y la poeta y monja clarisa Isabel de Aguilar y Saavedra); y, por otro, de dos poetas del entorno de Lope de Vega en el que se debió de mover el autor (Francisco López de Zárate y Jacinto de Torres y Guzmán). De todas ellas prescindía en esta segunda edición, en la que lo más reseñable son los añadidos que incorpora –confesados desde el título–. Atañen especialmente a la configuración del personaje de Faustina, más valiente y cabal; a la descripción física de los veintitrés dioses reunidos en el sexto cielo; así como a las composiciones poéticas, que pasan de 13 a 23. Se trata, por tanto, de una edición que no es reescritura total (son muy poquitos los términos o sintagmas que reelabora o los pasajes que suprime). Más bien habría que considerarla una versión ampliada en aquellos aspectos que –por razones que desconocemos pero que presumiblemente pudieran estar vinculados con sus principios morales y también estéticos– debió de considerar relevantes.¹²

Llama la atención el hecho de que Enríquez de Zúñiga publicara las dos ediciones de esta obra en esa época de prohibición de novelas y comedias. Si bien es cierto, las aprobaciones de la de 1625 están fechadas el año anterior, con lo que pudo sortear dicha normativa; y la edición de 1634 pudo salir amparada en aquella, si tenemos en cuenta las palabras que añade al final de la obra:

No menor le he tenido [el contenido] yo en haber visto que esta obra agradó en su primera impresión. Y así agradecido a la honra que en su aplauso he recibido me he atrevido a sacar a luz tras ella las *Fortunas de Semprilis* y *Genorodano*, la *Vida del primer César*, los *Consejos políticos y morales* que actualmente se están imprimiendo y a hacer esta segunda impresión con adiciones que se han visto que, aunque respecto

⁹ AMOR | CON VISTA. | LLEVA VNA SVMMARIA | descripción del Mundo, así de la parte | Elemental, como de la | Aetherea. | A DON SEBASTIAN | Xuarez, de Mendoça, Conde de | Coruña etc. | COMPVESTO POR DON IVAN | Enriquez de Zuñiga, natural de la | ciudad de Guadalaxara. | [filete] | CON PRIVILEGIO. | Impreso en Madrid por Iuan Delgado. | Año M.DC.XXV. | [filete] A costa de su Autor. 4º [7] 119 fols. Sigs.: ¶⁴, A-Hh², colofón: EN MADRID | Por Iuan Delgado | Año M.D.C.XXV.

¹⁰ En Cuenca ejercía por entonces de Alcalde mayor.

¹¹ AMOR | CON VISTA. | COMPVESTO, Y ADICIONADO en esta segunda impresión, por Don | Iuan Enriquez de Zuñiga, natural de la | Ciudad de Guadalaxara: ya Doctor en | ambos Derechos, Consultor del Santo | Officio, y Alcalde mayor de la | Ciudad de Cuenca por | su Magestad. | LLEVA VNA SVMARIA | descripción del Mundo, así de la parte | Elemental, como de la | Aetherea. | [filete] | CON PRIVILEGIO. | Impreso en Cuenca, en casa de Iulian de la Iglesia | Año de M.DC.XXXIII. 4º [4] Sigs.: primer cuaderno sin signatura, A-Bb⁴, Cc³. Errores de numeración: 34 por 43.

¹² Por eso, en adelante, las citas extraídas de la obra corresponderán a esta edición de 1634 con indicación de cualquier añadido o supresión que puedan ser relevantes.

de las mayores obligaciones de mi profesión en alguna manera desdice el asunto por ser libro que estaba impreso ya y compuesto en edad que lo admitía puede hoy salir libre desta censura. (1634, 103-104)

Es especialmente significativa esa alusión a la “edad que lo admitía”, pues, como señala con acierto Anne Cayuela (1993, 55), entraña tal ambigüedad que permitiría interpretarla como alusión a la juventud del autor, y también a ese período de prohibición, sin que podamos establecer una conclusión más tajante.

Estas dos ediciones también nos hablan del interés que debió de suscitar en los lectores del XVII, éxito que parece que se alargó en el XVIII. Hay que recordar que apareció incluido en el famoso catálogo que el impresor y mercader de libros Pedro Joseph Alonso y Padilla elaboró en su taller madrileño entre 1727 y 1736. No importa que apareciera con el erróneo título de *Amor con vista y cordura*, pues no pasaba de ser una clara confusión con la obra de Antonio Enríquez Gómez, a la que el librero no se pudo referir al tratarse de un texto dramático y en verso que quedaba por ello fuera de su repertorio. Lo relevante es que aparecía incluido en aquella novedosa iniciativa publicitaria que daba a conocer los libros que más aceptación habían tenido en la España del Barroco (Ripoll y Rodríguez de la Flor 1991, 84 y 90).

¿Libro de pastores, novela corta, miscelánea?

La obra está organizada con una cuidada proporción en tres partes, en la segunda de las cuales, y casi ocupándola por completo, aparece la prometida descripción del mundo contada por Dionisio, un estudiante que se mueve con una inusitada normalidad junto a los pastores que pueblan las riberas del Henares. El autor, consciente de la singularidad de este capítulo y de lo ajeno que está de la historia principal, indica al lector que puede saltárselo: “Comienza el sueño. Quien quisiere proseguir la historia pase a la tercera parte” (1634, 40r). No seré yo quien siga tal advertencia, por inconexo que pueda resultar este sueño, pero sí que lo dejaré para más adelante con el propósito de comprender primero el argumento en el que se engasta.

La novela se inicia con un motivo típico en la narrativa pastoril: el lamento amoroso de un solitario pastor, en este caso Albano, que se queja porque su amada Faustina se ha enamorado de Eusebio quien, a su vez, ha puesto los ojos en Silvia, una pastora forastera. Este es el punto de arranque de un relato pastoril (que se mezclará con otros de menor importancia) que pronto se convierte en cortesano, pues Silvia resulta ser doña Potenciana de Meneses, disfrazada de labradora para ir en busca de don Bernardo, desaparecido la noche en la que iban a desposarse.

Para alejarnos más de ese aparente “locus amoenus”, el narrador incorpora al personaje de don Félix, un entristecido caballero que, cuando va a impedir que los padres de su amada Jacinta la casen con otro, es encarcelado acusado injustamente de atacar a un hombre a quien acababa de salvar. Este último intercede para que el juez le deje salir de prisión el tiempo suficiente de evitar la boda, quedándose en su lugar y ofreciéndose a ser decapitado si no regresa. Consigue, así, su propósito, pero en el camino de vuelta se enfrenta al ataque del despechado pretendiente de Jacinta. En defensa propia le clava una daga y se marcha veloz para presentarse a tiempo ante el juez, quien, impresionado por su lealtad, le deja libre. Sin embargo, el ansiado descanso no llega pues se entera de que un caballero que quiso ayudar al pretendiente

ha sido acusado de la agresión, por lo que regresa de inmediato para confesarse responsable y evitar que se repita en otro su misma historia.

Estas tramas se enlazarán y resolverán en el tercero de los libros: Potenciana, cansada de esperar a don Bernardo, decide casarse con Eusebio, con tan mala o buena fortuna que justo el día de la boda llega aquel. El círculo se cierra pues explica que no pudo acudir a su cita por estar en la cárcel acusado de agredir a un caballero (el pretendiente de Jacinta). Eusebio, entonces, considera que lo justo es que Potenciana se case con él. Termina la obra con las bodas de todos.

A simple vista lo pastoril sería una excusa para recrear un ambiente, para canalizar distintas historias, oídas y presenciadas, o para poder hablar del amor, aunque en términos muy diferentes a los planteados en las novelas pastoriles, sin la clásica idealización. Así pues, resulta difícil encajar esta obra dentro de una categoría, de un subgénero narrativo único. Bien es verdad que lo pastoril, aunque no es dominante, constituye el envoltorio. De esa manera lo debió de entender el doctor Paulo de Zamora cuando aprueba la edición de 1625 “porque en este libro, debajo de estilo pastoril y apacible, se enseñan cosas y ciencias grandes con estilo propio, elocuencia suave y moral”.¹³ De hecho, lo pastoril se concreta en el entorno y en la existencia de un grupo de pastores sin apenas interés o que lo son solo en apariencia. La única que se salva es Faustina, pues Felicio y Dorotea se aman desde el principio y no hay conflicto alguno que les perjudique y, por tanto, que nos interese; de Albano solo se sabe que ama a Faustina; Silvia resulta ser una dama; del oculto amor que Albania tiene “sin poderle manifestar por ausente” no se vuelve a saber hasta el final de la obra para descubrir que es hermano de don Bernardo; y ella y Eusebio se revelan finalmente como hijos de un rico caballero.

En un principio, la cadena de amores no correspondidos entre ellos es la que posibilita la entrada en un mundo de caballeros y damas. Sus historias no se desvinculan del amor, elemento fundamental en toda la obra, pero se plantean en un nuevo contexto enredado en una maraña de confusiones, ausencias, duelos, venganzas, cárceles o crímenes, al estilo de los expuestos en la novela corta barroca. No es la primera vez que esta temática se inmiscuye en la pastoril. El relato de Felismena y don Félix en *La Diana* de Montemayor ya nos enseñó la capacidad de cruce de esos dos mundos, a los que se podrían sumar otros muchos ejemplos, pero siempre en clave pastoril, asumido como disfraz de personajes que proceden de la urbe y que conciben aquel entorno como espacio de recreación o huida (Castillo Martínez 2013). Lo que llama la atención en *Amor con vista* es la clara conciencia que tienen los personajes de la distancia existente entre esos dos mundos de los que proceden para alabar, eso sí, la vida en el campo frente a la que se desarrolla en la gran urbe, siguiendo el clásico tópico; es la única idealización de lo pastoril que encontramos. Con estas reveladoras palabras se lo explica Albania a doña Potenciana:

En estos campos, ordinaria habitación nuestra, hallamos cuanto podemos desear, sin que la corte ni los majestuosos y más ricos palacios nos den envidia [...] Aquí, como te he dicho, salimos cada día con nuestros ganados y sin sernos impedimento el estado de doncellas, admitimos a nuestra conversación a los pastores de nuestra aldea, y

¹³ La Aprobación está firmada por el doctor Paulo de Zamora, comisario y calificador del Santo Oficio, y gran erudito que firmó también la aprobación de la *Historia de Semprilis y Genorodano*. Sobre este personaje, véase Lama (119-141).

poniendo cada uno su afición en la que más le agrada, honestamente diligencioso la manifiesta su voluntad que por el lícito y permitido fin a que se encamina es correspondida de nosotras sin detrimento de nuestro honor y reputación. (35v)¹⁴

No menos interesante es la reacción de Potenciana, que admira la vida del campo, entre otras cosas, porque está ajena a la murmuración “Por acá, señoras, como no reina tanto la malicia, podéis con libertad en estos campos gozar la dulce comunicación de vuestros amantes” (1634, 16r). Un vicio que condena Enríquez de Zúñiga en varias ocasiones dentro de esta obra, tanto en episodios pastoriles (“que la vida de la aldea en tanto es agradable y gustosa en cuanto con llaneza se juntan todos y en sitios de amenidad y deleite se entretienen libres denla inevitable murmuración de los pueblos grandes” 10r), como en el famoso sueño de Dionisio, quien, de camino al segundo cielo y contemplando el mundo desde arriba, exclama: “¡Oh, cuánto dieran [...] por verse en mi puesto los que tienen por oficio en el mundo escudriñar vidas y inquirir secretos” (46). El jurista parece incidir en este aspecto sobre el que reflexiona de manera detenida en el número XXVII de otra de sus obras, *Consejos políticos y morales*: “El vicio de la murmuración, sin duda alguna, es el más dañoso y perjudicial de todos. Sus heridas son penetrantes, mortales siempre, no hay medicamento que las cure y aun si bien se considera, sin hacer herida mata” (26r). Y es que a lo largo de toda esta novela el escritor alcarreño va desgranando una serie de ideas, a modo de píldoras didácticas, acerca de la nobleza, la templanza en el comer, el secreto, la amistad, la mujer o la importancia del conocimiento. Algunas de las preocupaciones que aborda también en los citados *Consejos*, obra que, en ese aspecto, no se puede desligar de *Amor con vista*, como luego se verá.¹⁵

Pero ni siquiera estas abiertas defensas de la vida en el campo o del oficio pastoril contribuyen a recrear fielmente la atmósfera idealizada de los libros de pastores, pues ese ambiente parece estar controlado por dos personajes (Eusebio y Dionisio) que no pertenecen a este mundo, sino que han acudido a él, consciente o inconscientemente, por recreación. El primero, de una manera más inocente y respetuosa, para entregarse al cuidado del ganado y al amor; y el segundo –con la conciencia y superioridad del que se sabe más ilustrado que el resto– para dominarlo con sus palabras. Dionisio, bachiller, estudiante de “lindo humor” y “brillante casco” (1634, 9v) formado en la Universidad de Alcalá, recrea verbalmente el locus amoenus y la idealización pastoril para luego desenmascararla. Niega que ese ambiente en el que viven se corresponda con el que recrearon Montemayor, Gálvez de Montalvo, Cervantes o Lope: “Quién duda, como digo, dirá quien viere esto que es historia de libros y que nosotros dimos asumpto a la *Diana*, *Pastor de Fílida*, *Galatea*, *Arcadia* y los demás que andan impresos”¹⁶ (10v). Y no tarda en poner en evidencia su artificiosidad. Así, preguntado por Eusebio “¿por qué dices esto ahora?”, responde: “Porque desmintamos a quien tal pudiese imaginar, comiendo” (15v), en una clara

¹⁴ Este parlamento es uno de los pocos añadidos de la edición de 1634, por lo que hemos de entender que para Enríquez de Zúñiga este era un aspecto importante y, por ello, necesario remarcar.

¹⁵ Y de la que se sintió especialmente orgulloso: “que ningún libro sino este, entre los demás que tengo sacados a la luz, había llenado mi vanidad” (Dedicatoria a don Rodrigo Díaz de Vivar, duque del Infantado).

¹⁶ Seguramente estos fueron los títulos en los que Enríquez de Zúñiga aprendió los rudimentos de la narrativa pastoril.

crítica a la excesiva estilización y artificio de aquellos libros en los que lo cotidiano y verosímil parecía no tener cabida (Castillo Martínez 2005b). No hay que olvidar que la falta de alusión a la comida en las novelas pastoriles se tomó como objeto de crítica por parte de algunos escritores, previamente cultivadores de este tipo de narrativa. Es el caso de Lope de Vega, quien en *La ocasión perdida* hace decir a Hernadillo, no sin sorna: “Muy buena vida traemos, / como historia de pastores, / que en todo un libro jamás / duermen, ni comen, ni hay más / que hablar de celos y amores” (1998, 292-292). Crítica que reitera en *La prudente venganza*: “Ya se llegaba la hora del comer y ponían las mesas –para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión–” (2002, 241). El propio Dionisio lo expondrá en su propia persona, al hablar de la mujer a quien ama:

Luego, ¿tú estás enamorado?, –dijo Albania–. Sí lo estoy –respondió Dionisio–, pero no soy hipócrita del amor, como hacen algunos que tratan, para hacer mayor ostentación de su fineza, a sus damas de no comer, hablar ni reír y estar siempre embelesados. Yo no soy destos, a mí no me quita el amor la gana de dormir ni comer. Tengo muy diferente condición que todos. Si me he de enamorar, ha de ser de mujer varia, mudable, inconstante y sin fe. Y la razón es porque puesto que las más que hay en el mundo son así, yo mujeres quiero que no monstruos de naturaleza. Con esto vivo con la libertad que habéis visto. (1634, f. 10v)¹⁷

Por otro lado, algunos de los relatos incluidos en esta obra son historias que, sin necesidad de apostillas (aunque no faltan), desprenden cierto didactismo. Baste señalar la relación entre don Félix y el caballero sin nombre al que salva y por quien después es salvado. Un relato que suscita especial interés porque permite articular en una situación de clara tensión dramática valores como la valentía, la lealtad, la gratitud, la justicia y la libertad. No se trata, en absoluto, de un relato surgido de la imaginación de Enríquez de Zúñiga, aunque en la superficie semeje una de tantas historias contadas en las novelas cortas. Estamos ante la recreación de la historia clásica de Damón y Fintias (o Pitias), prototipo de amistad: Damón se queda como garante de la ejecución dictada por Dionisio de Siracusa sobre su amigo Fintias, que ha de marcharse a resolver sus asuntos. Cuando este regresa, el tirano, sorprendido por la lealtad de ambos, les concede la libertad.

Hay una voluntad clara por parte de Enríquez de Zúñiga de recuperar este relato que, además de poseer una serie de ingredientes que pudieron ser del agrado de un lector del XVII (rescate, enfrentamientos, confusión...), es de todo punto ejemplarizante. De ahí que se encargue de indicar el paralelo en el propio texto incidiendo no solo en la actitud de los protagonistas, sino también en la del juez, comprensible desde su perspectiva personal (“que pues había habido en el mundo quien imitara a Pitias y Damón, tan celebrados por otro tanto de la antigüedad, era justo que él imitase a Dionisio, no solo dándome la libertad a mí, pero rogando a ambos le recibiésemos por tercero en nuestra amistad”, 32v-33). Da cuenta, asimismo, de las fuentes de las que procede, incluidas en una de las frecuentes notas marginales que aparecen a lo largo de la obra (33r) y que, en este caso, se refieren a Firmiano

¹⁷ Es este uno de los fragmentos añadidos en la edición de 1634.

Lactancio (*Institutiones divinae*, libro 5), Valerio Máximo (*Factorum et dictorum memorabilium*, libro 4) y Cicerón (*De officiis*, libro 3).

Este didactismo se entiende en un escritor que no se desliga de su faceta de especialista en leyes y que defiende el moderado comportamiento neoestoico adoptado por la filosofía moral cristiana de la que hace gala abiertamente en los *Consejos políticos y morales*. Quizá esta perspectiva, unida al desgaste de un género como el pastoril, permita entender el proceso desmitificador al que lo somete.

“Amor se ha cansado de estar ciego”

Ese intento de desmitificación del mundo pastoril alcanza también a la concepción del amor que se plantea en la obra, sean o no pastores los que lo vivan. Es perceptible ya desde ese anómalo título que concuerda con el de las comedias de dos importantes dramaturgos del XVII: Lope de Vega (*Amor con vista*) y Antonio Enríquez Gómez (*Amor con vista y cordura*). Fácil coincidencia (sin que nos lleve a hablar de vinculación entre ellos) en un epígrafe sencillo que marca el cambio de consideración del más importante de los sentimientos. Ya no se recrean situaciones dominadas por un amor descontrolado que conduce a la desesperación, al paroxismo o incluso a la muerte. Enríquez de Zúñiga lo advierte a los lectores en la dedicatoria:

No ofrezco en esta obra, lector discreto, locos amantes, que con ciega afición pongan sus pensamientos en tan alto lugar que viéndose despreciados se den muerte con desesperación como hizo Iphis [...]. Amantes ofrezco que, con no haberlo sido menos que los pasados, nunca dieron lugar a que la voluntad tiranizase el suyo al entendimiento, que como rey de las potencias ningún accidente ha de haber que ofusque su natural dominio.

Se percibe un cansancio de aquellas relaciones amorosas que tanto gustaron a los lectores del XVI, a lo que se suma el hecho de que lo irracional no se justificaría en la mente de un jurista que hasta en sus obras de ficción deja plasmadas reflexiones didáctico-morales. Enríquez de Zúñiga contribuye a desenmascarar ese artificioso mundo pastoril también en lo que al amor se refiere. Y es precisamente este aspecto en el que más incide en su edición de 1634, como si considerara que no había quedado lo suficientemente claro, como si quisiera incidir en un tema especialmente importante para él. Por eso adquieren relevancia algunos de los añadidos que incorpora como el que recoge la conversación entre Albania y Potencia acerca del amor. Esta última lo redefine, devolviéndole la vista:

De donde infiero que sin duda erraron los que pintaron sin vista al amor, pues si en esto quisieron significar que es efecto suyo cerrar al que se le rinde los ojos de la consideración con que fácilmente atropella los embarazos y dificultades que pueden estorbar su intento, sacaremos de lo que me has referido que no es estar el amor ciego, sino tener vendados los ojos. Y así, un enamorado, por más que lo esté, puede quitarse esta venda con que quedará el amor con vista, libre –digo– el entendimiento, no sujeto, pues es rey de las potencias a la voluntad. De manera que será culpa del que no quisiere hacer esto y no del amor, pues el estilo con que vosotros usáis d’él nos sirve de ejemplo para saber que no es dificultoso amar con consideración y discurso. (36v)

A partir de lo dicho por Potenciana, se entiende que aquellas disquisiciones que tanto ocuparon a los pastores de la *Diana* de Montemayor acerca de si el amor nace o no de la razón o si se deja o no gobernar por ella (construidas sobre la base de los *Diálogos de amor* de León Hebreo), se resuelven en esta obra a favor de la razón y del libre albedrío. De manera que el amor no es locura ni los celos son ya enfermedad incurable. Los personajes, de manera natural, son capaces de ejercer un gran control sobre sus sentimientos. De ahí también lo oportuno de este nuevo añadido:

Muchas fuerzas tiene la razón, cualquier cosa se le opone, pero ninguna la vence y mucho menos el Amor, aunque comúnmente se dice lo contrario. El amor es virtud, virtud y contrarrazón no puede ser. Es, pues, lo que la atropella, lo que no admite reprehensión ni consejo una furia, una rabia libidinosa de que muchas veces se dejan llevar los hombres atribuyendo al amor la culpa de su desordenada locura. Amor tenía Albano, no furia ni locura desordenada, y así, aunque había visto a Faustina en lo que cantó quejarse amorosamente de Eusebio, no por ello se enfureció. (39)

La pasión ahora queda subyugada a la razón, pero no como un proceso paulatino que se desarrolle a lo largo de la narración, sino como un presupuesto de partida. Por eso, nada más comenzar la obra, Felicio le dice a Albano que “por ventura Amor se ha cansado de estar ciego y quitándose la venda de los ojos, ha dado lugar a que todos abran los de la razón” (4v). El título de la obra queda justificado y el lector advertido. El neoplatonismo que había funcionado como convención en la *Diana* de Montemayor desaparece. Tampoco se sigue, aunque esté más próxima, la perspectiva planteada por Gil Polo en su *Diana enamorada*, pues si bien da prioridad a la razón, no deja de conceder poder a la pasión amorosa buscando un justo medio.¹⁸ El amor en la obra de Enríquez de Zúñiga ya no es por destino, por lo que el amante puede cambiar de parecer, como hace Eusebio para que Potenciana y Bernardo puedan casarse. Se quiebra, incluso, ese principio neoplatónico tantas veces recreado en la pastoril y en otros textos renacentistas, según el cual el amor busca la belleza.¹⁹ De ahí

¹⁸ “El neoplatonismo de Montemayor da primacía absoluta al amor; el escolasticismo de Alonso Pérez, en cambio, trata de anularlo, pues ve en él una enfermedad del alma; el estoicismo de Gaspar Gil Polo lo coloca en una situación intermedia, ni tan exaltado como en Montemayor, ni tan humillado como en Pérez, pero subordinado con firmeza a la razón. Pero Montemayor había apuntalado la novela pastoril con tal firmeza en el concepto del amor, que cualquier cambio en él amenazaba con derrumbar el edificio. Por ello, de estas variadas interpretaciones del amor parte, en forma directa o indirecta, casi todo lo que es característico de las continuaciones, ya que ambos novelistas se apresuran a apuntalar la fábrica pastoril con otros apoyos que tomen el lugar del trocado concepto del amor” (Avalle-Arce 1974, 127). “The three main aspects of Gil Polo’s philosophy of love are the distinction between *maligno* and *benigno amor*, the assertion of free will and the condemnation of jealousy. Montemayor’s theory is defined by the distinction between *buen* and *falso amor*, the fatalistic acceptance of the power of love, and the approval of jealousy” (Solé-Lerís 1959, 76). “Al contrastar el falso con el verdadero amor, desmitificar los celos y el mito de Cupido y destacar los valores de la voluntad libre para alcanzar un punto de equilibrio entre razón y pasión, Gil Polo conseguía abrir el género a la causalidad y la verosimilitud, lo que equivalía caminar hacia la novela cervantina” (Egido 1987a, 395).

¹⁹ Filón lo explica con claridad en los *Diálogos de amor* de León Hebreo: “De manera que el amor humano, de quien principalmente hablamos, es propiamente desseo de cosa hermosa, como dize Platón. Y comunmente es desseo de cosa buena, como dize Aristoteles” (1915, 381). Lope de Vega lo reiteró en varias de sus obras, como la *Arcadia* (libro IV) a través del personaje de Cardenio: “Dicen que amor es desseo / de hermosura en el amante, / de engendrar su semejante / con santa paz de Himineo” (1975, 347).

que Dionisio diga que se enamoró de una dama que escribe versos y no es hermosa. Es cierto que esta transgresión se da en el personaje más anómalo dentro de lo pastoril, pero también el que mejor conoce ese ámbito:

Tenía sobre todas sus gracias tal arte en hacer versos que en el poema menos cuidadoso de los que cada uno componía se hallaba con lo fácil y elegante de Ovidio, lo grave y docto de Homero, lo hinchado y soberbio de Virgilio [...].

–No pases adelante –dijo Eusebio– sin decirnos primero si es hermosa esa dama, porque, si no me engaño, de eso solo la has dejado de alabar.

–¿Para qué había de ser hermosa quien era tan discreta? –Respondió Dionisio–. [...] Desta yo no os podré juzgar si era hermosa o fea, porque como yo la miré a los principios como a tan discreta, no atendí a lo demás, y después acá, como la he mirado con amor, no me parece menos que la más bella.

–Todo eso es decir que es fea –dijo Eusebio–, por lo cual me admira mucho que la quieras tanto, que sola la hermosura engendra el amor. [...].

–[Dionisio] La hermosura agrada a la vista, no porque se quede en aquella materia exterior de que se componen los ojos, sino porque su imagen se concibe por la vista en el ánimo. (94-95)

De sueños, viajes y descripciones del mundo

No hay, sin embargo, lugar para el amor, ni para ningún otro sentimiento en el libro segundo, ocupado casi en su integridad por un insólito sueño que tiene y cuenta Dionisio. No podía ser otro. Él es el elegido por el dios Júpiter para realizar un viaje aéreo en el que contempla el mundo a vista de pájaro, casi con la misma distancia con la que observa el ambiente pastoril. Él es el único personaje de toda la obra que está al mismo tiempo dentro y fuera del mundo de los pastores, por lo que es el único capacitado para verter cualquier tipo de crítica sobre él y también para transportarnos a un nuevo espacio en el que tampoco está exenta la crítica, en este caso al estilo lucianesco del *Icaromenipo* (Vaíllo 2008, 392).

Dionisio –no olvidemos– es bachiller, un letrado formado en Alcalá de Henares del que se había dicho que “sabía su poco de filosofía, astrología y matemática”, lo que ayudaría a entender los nutrientes de ese erudito sueño. Menos clara resulta esa apostilla de “aunque en nada era tan experto como en el cuarto de Aristóteles, de vaco y loco” (10), que podría apuntar al texto de *De caelo* del estagirita, un importante tratado de cosmología comentado por santo Tomás de Aquino y de gran influencia en la filosofía y ciencia medievales, pero el modo de nombrarlo y esa consideración negativa lo ponen en duda. No obstante, sea cual sea el referente, lo cierto es que la concepción del universo sobre la que Enríquez de Zúñiga construye su “descripción del mundo” es la aristotélico-tomista. Así, Dionisio es arrebatado por una inmensa águila, ave del dios Júpiter, para conducirlo, primero, por el espacio sublunar en el que se encuentran las regiones del aire (frío, agua y fuego), y después al supralunar donde están los once cielos (Luna, Mercurio, Venus, Apolo, Marte, Júpiter, Saturno, el firmamento, el cristalino, el primer móvil y el empíreo), aunque despierte antes de poder recorrerlos todos.

En este libro segundo, encontramos, por tanto, toda una serie de elementos de innegable valor literario, como el sueño, el viaje, el águila como guía y la mirada externa del mundo. Los pastores y el resto de personajes se convierten ahora en

receptores de esta historia que saben producto de un sueño, y que no es más que el conocimiento que se ha filtrado en la fantasía del que duerme. Una cosmogonía perfectamente estructurada pero que en su configuración con regiones no conocidas por el hombre y con esferas habitadas por dioses revestían una importante carga simbólica, capaz de avivar la imaginación de escritores como Enríquez de Zúñiga para quien conocimiento, entretenimiento y enseñanza parecían ir de la mano²⁰. De ahí que la atención que prestan pastores, damas y caballeros sea más la de unos discípulos iniciados (o con ganas de iniciarse) en este arte, que la de amantes deseosos de escudriñar historias de amor ajenas. Las preguntas que van haciendo a Dionisio así lo muestran y también la petición que le hacen a Eusebio para que complete con su sabiduría los datos que faltan, “con mucho gusto iré declarando esto y todo lo demás que en su sueño fuere tocando Dionisio, que yo tengo los mejores libros antiguos y modernos que desto tratan y ansí lo he leído muchas veces” (41v). Lo que en alguna ocasión incomoda al sarcástico Dionisio “digo que de nada me sirve haber estado yo allá, pues desde acá sabes tú lo mismo que yo vi” (45v). Y es que Enríquez de Zúñiga intenta dar verosimilitud a este capítulo moviéndose entre el humor y la seriedad, entre el sueño y la ciencia, entre las palabras que rememoran lo soñado y las que rescatan el conocimiento aprendido en los libros y, en definitiva, entre lo que dice Dionisio y lo que confirma o rebate Eusebio. Por si el lector desconfía de un estudiante poco diligente, aficionado a la comida y al descanso, contrapone la seriedad de un pseudopastor ilustrado.

El sueño es la grieta por la que este estudiante escapa para iniciar un viaje aéreo que no nos transporta a una geografía maravillosa, pero sí a un espacio recreado sobre un saber concreto. No ha de extrañar, entonces, que Dionisio no solo cuente sino también explique aspectos muy concretos de ese nuevo mundo, como las temperaturas de las regiones del aire o las causas de las nubes, truenos y relámpagos. Un saber que procede, según se deja constancia en las notas marginales, de Séneca (en sus *Naturales quaestiones*), Solino (en su *Collectanea rerum mirabilium*, muy leída en el Renacimiento como compendio de la *Historia natural* de Plinio, que fue traducida en 1573 por Cristóbal de las Casas) y San Agustín (*De Genesi ad litteram*).

Dionisio, guiado por el águila, atraviesa las regiones del aire en un viaje que no es nuevo en la literatura. Recuérdese el *Primer sueño* de sor Juan Inés de la Cruz o el divertido ascenso de don Quijote y Sancho a lomos de Clavileño. Como tampoco es insólito el recorrido por las distintas esferas. Dante lo imaginó en su *Divina comedia*. Platón lo cuenta en el libro X de *La República* a través del mito de Er de Panfilia, y Cicerón lo narra en el famoso “Sueño de Escipión” (*La República*, libro VI). Todos ellos, convertidos en modelos de literatura de visiones (Patch 1983, 89-141).

Tampoco faltan en los libros de pastores los viajes al más allá, presentados con más frecuencia como descensos hacia el interior de la tierra que como ascensos a los cielos. Recuérdese, por ejemplo, la prosa XI de la *Arcadia*, de Sannazaro, donde una ninfa conduce a Sincero hasta las profundidades del río en las que encuentra toda una ciudad; aquel episodio en las *Tragedias de amor* de Juan Arce Solórceno en el que el padre Sil, con su cortejo de ninfas, sumerge una barca de pastores hasta su palacio construido en lo más hondo de aquellas corrientes; el episodio en el que el mago

²⁰ “Todo un conjunto de símbolos y significaciones concernientes a la vida espiritual y, sobre todo, a los poderes de la inteligencia, es solidario con las imágenes del «vuelo» y de las «alas». El «vuelo» expresa la inteligencia, la comprensión de las cosas secretas o de las verdades metafísicas” (Eliade 1995, 119).

Dardanio, en la *Arcadia* de Lope de Vega, hace volar a Anfriso para que pueda volver a ver a Belisarda; o la aventura que relata Jacinto de Espinel en *El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja*, cuando Arsindo desciende por una misteriosa escalera (Castillo Martínez 2005a). Salvo este último caso, el resto de episodios se introducen con el fin de ahondar en los problemas amorosos de los protagonistas, por lo que, aunque desentonen del mundo pastoril, se justifican. Muy diferente es, sin embargo, el planteamiento que realiza Enríquez de Zúñiga en este capítulo de *Amor con vista*, que nada tiene que ver con el resto de la obra. Es perfectamente prescindible en el desarrollo argumental, y así lo advierte el propio autor aunque lo sitúe en un lugar central. Y es que este añadido que anuncia desde la portada no es solo un modo de enriquecer la narración con materiales heterogéneos. Más bien parece un desahogo erudito, al mismo tiempo que un medio para realizar una clara crítica social muy en consonancia con su pensamiento del que va dejando constancia a lo largo de su obra.²¹

Eso sí, el viaje que realiza Dionisio no es, en absoluto, gratuito. El mismo Júpiter le ha mandado llamar

porque no había muchos días que había subido allí cierto hombre y le había dado grandes quejas del modo con que se gobernaba el mundo, y que preguntándole en qué había falta, no supo decirlo, que esto de estarse cada uno desde su lumbre gobernando el reino y poniendo objeciones a todos los acuerdos que en esta materia salen cada día, como si mirándolo desde tan lejos se pudieran alcanzar las razones y fundamentos de quien lo hace, es una enfermedad incurable y un mal sin remedio. En sin concluyó Júpiter con mandarme dijese lo que pasaba en el mundo y lo que necesitaba de remedio, porque con intento de ponerle en todo había enviado por mí como persona que sin pasión había de decir mi parecer. (60v-61)

La relación de los males del mundo que hace el desapasionado y cobarde estudiante (nada dice que le pueda perjudicar) alude a los “enredos, engaños, falsedades y mentiras”, concretándolos en los excesos de políticos, alguaciles y escribanos, traiciones de mujeres a sus maridos, robos o injusticias. Lo que concuerda muy bien con la descripción que había hecho previamente de la tierra desde tan privilegiada posición, subrayando, así, el carácter satírico de este episodio. Resulta especialmente interesante el momento en que le preguntan qué le pareció la tierra “desde donde la mirabas”, porque deja por un momento la erudición para dar paso a la perspectiva personal y, por tanto, crítica que le permite explayarse de una manera que recuerda al *Icaromenipo* de Luciano de Samósata. Con él guarda bastantes parecidos aunque las motivaciones de sus protagonistas para iniciar el viaje sean distintas. Así, tanto Menipo como Dionisio están obsesionados con las mediciones de las distancias

²¹ Señala a esta respecto González de Amezúa que “Enríquez de Zúñiga siente su propia debilidad como novelador, y, por esto, en cuanto puede, evádele de la zona imaginativa, de la acción sostenida y constante que engendra el interés, y acude, como tantos otros ingenios de su época, al caudal de sus conocimientos eruditos, de sus reflexiones moralistas, de la crítica y visión personal de su tiempo, con disquisiciones y añadidos, muy discretos y notables, pero incompatibles en un todo con la novela. Más extraño aún es el largo injerto de su parte segunda, donde, tomando pretexto del largo sueño de uno de sus personajes, desarrolla un breve compendio de astronomía, copiado a buen seguro de tratadistas clásicos de esta ciencia” (1951, 209).

entre los cielos. A ambos esa perspectiva tan alejada del mundo les comporta una incapacidad visual, que solventan de manera distinta (uno gracias a los consejos de Empédocles y el otro por medio de la intervención del dios Mercurio), pero ante la que reaccionan de forma muy parecida: “Pues bien, apenas empecé a aletear me iluminó una gran luz y pude ver todo lo que antes se me ocultaba. Con que, asomado en dirección a la tierra, veía claramente las ciudades, las personas y cuanto ocurría, no sólo al aire libre, sino también todo lo que los hombres hacían en casa creyendo estar ocultos”, dice Menipo (Samósata 2008, 100), y “al punto pude penetrar los secretos más retirados del cielo y los abismos más profundos de la tierra. Ninguna cosa della se me ocultaba, no solo distinguía las provincias y reinos, pero las ciudades y casas y las mismas personas, y todo tan descubiertamente que me parecían los edificios de cristal pues echaba de ver lo que hacía los hombres dentro de sus casas”, exclama Dionisio (Enríquez de Zúñiga 1634, 46). Con tal agudeza visual y situados en esa posición de superioridad frente al mundo otorgada por la posición vertical, ya pueden realizar sus respectivas sátiras²²; uno a los filósofos y el otro a determinados tipos sociales, aspecto este último en el que me centraré a continuación.

Dejando ahora a un lado el texto de Luciano, interesa analizar el desfile de personajes (alguaciles, poetas, matemáticos y arbitristas) sobre los que recae una importante crítica social y de los que hace un sucinto pero agudo retrato:

Mira a aquella parte con qué impetuoso furor llevan asidos a uno tres o cuatro. ¿Veslos qué de empellones le dan?, ¿qué de malos tratamientos le hacen? Pues aquellos son alguaciles y le llevan preso no porque haya cometido delito alguno, sino porque se halló cerca de uno que le cometi6 y como sintieron que tenía dineros asieron dél y así cada uno le va quitando por el camino lo que puede, y al cabo, cuando le vengan a dar por libre, le habrá costado más que si hubiera sido el delincuente verdadero. Aquel que ves en aquel lado paseándose que de cuando en cuando se queda como suspenso es uno que pretende ser poeta y como este es un arte que nace con la persona y no se adquiere por el estudio, aunque se perfecciona, no ha podido salir con ello, y así lo que ahora está haciendo es de un soneto que halló a su propósito una décima para disfrazar el hurto y ha tres días que trabaja en ella y no la ha podido acabar. ¿Ves uno en el campo con unos papeles en la mano y en la otra un compás grande que mirando los papeles con atención luego se pone a medir la tierra? Aquel trata de sacar tesoros y ha gastado toda su hacienda en abrir y cerrar ojos y sin embargo, del desengaño que tantas veces ha visto persevera en su disparatada codicia hasta dejar la vida en sus manos. Mira qué de extraordinarias figuras está haciendo uno meneando manos y cabeza y dando grandes palmadas: aquel es un arbitrista, está hablando entre sí, y si le oyeras, te perecieras de risa porque dice que cómo puede ser que pretendan los reyes el bien de sus vasallos si él ha ofrecido arbitrio y modo con que el reino se desempeñe y queden el rey y los vasallos ricos y que no solamente no

²² Según Peale (1976, 8), este aspecto de la verticalidad, de esa visión desde arriba que hay implícita en toda sátira y que en esta obra es metafórica y literal, pudo influir en la construcción de *El diablo cojuelo*: “Más tarde, en el Tranco V, la relación de la gira aérea del demonio provee otra ocasión de la valoración satírica hecha literalmente desde arriba. Es muy probable que en estos momentos Vélez tuviera presentes el *Icaromenipo* de Luciano, *Amor con vista* de Enríquez de Zúñiga, *Los antojos de mejor vista* de Fernández de Ribera y el *Hospital de incurables y viaje de este mundo y el otro* de Polo de Medina, obras en las que la perspectiva vertical corresponde exactamente a su causa impulsiva satírica. El narrador o interlocutores de esas narraciones se instalan primero en una posición ventajosa, real o imaginaria, desde la cual libremente exponen el mundo, que queda rebajado a un nivel inferior, visto ya en tela de juicio”.

se hace lo que dice, pero ni aun se admite si quiera para verlo y con estos disparates se está consumiendo el pobre hombre, habiendo gastado toda su vida en semejantes locuras. (49v-50v)

No es la primera vez que los desvaríos asociados a determinadas profesiones o tipos humanos se convierten en blanco de los escritores. En *El coloquio de los perros* cervantino, Berganza alude a un alquimista, un poeta, un matemático y un arbitrista. Alonso de Salas Barbadillo, en *El sagaz Estacio, marido examinado*, convierte en grotescos pretendientes de la bella Marcela a un médico, un tahúr, un mercader, un avaro, un indiano, un arbitrista, un charlatán y un astrólogo. Liñán y Verdugo, en su *Guía y avisos de forasteros*, advierte al visitante a la corte de los peligros de encontrarse con astrólogos, arbitristas y barateros. Pablos, en *El Buscón*, se topa con un arbitrista, un maestro de esgrima, un clérigo y un soldado, a cual más pintoresco. Amén de otros textos como el *Mesón del mundo* de Rodrigo Fernández de Ribera, *La niña de los embustes Teresa de Manzanares*, de Alonso de Castillo Solórzano, *La hora de todos y la fortuna con seso* de Quevedo o *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara (Vilar Berrogain 1973). De una a otra obra los personajes van variando, ya sean hacedores de versos, transmutadores de metales o ingenieros de la cuadratura del círculo, aunque en todas es común la figura del arbitrista, esos singulares remediadores de los males del Estado tan frecuentes en la España del Siglo de Oro (Vilar Berrogain 1973; Llopis Fuentes 1991; Uri Martín 1998). En el caso concreto de *Amor con vista*, Enríquez de Zúñiga incorpora al alguacil, tal vez por tratarse de un oficio que pudo conocer de cerca en el desempeño de su profesión como jurista.

Estamos, por tanto, ante un capítulo que es compendio de saber de astronomía, sátira social, e incluso texto didáctico-moral, si recuperamos las palabras que vierte el autor en el consejo XXVII de los *Consejos políticos y morales*. Allí anima a canalizar la inquietud por conocer vidas ajenas hacia la observación y conocimiento de la naturaleza, algo muy parecido a lo que hace en este libro segundo de *Amor con vista*:

Mira que el entendimiento es el mayor don con que Dios ilustró al hombre; mediante él se distingue de los brutos y se hace semejante a los ángeles. Si quieres usar dél para escudriñar secretos, pregunta a la naturaleza (que no se quejará de que lo busques ni lo halles) los movimientos de los cielos, el ordinario curso del sol, su nacimiento y ocaso, las mudanzas de la luna, dónde cobra su luz y dónde la vuelve a perder, qué dependencia tiene de sus crecientes y menguantes el mar, dónde tiene su asiento el fuego, desde dónde comienza el elemento del aire, por qué está dividido en tres regiones, cómo se congelan y fraguan en la segunda las nubes, se engendran los rayos y cómo de una materia tan frágil como son los vapores que la tierra exhala se forma una cosa tan violenta, pujante y nociva. [...] ¡Oh, qué buen ejercicio será del entendimiento hacerle investigar estas cosas, que su curiosidad se emplee en inquirir secretos, que, cuando se buscan, deleitan y aprovechan, cuando se comunican no cosas bajas y humildes que ni deleitan al que las sabe ni aprovechan al que las oye. Los leones y las águilas, conociendo por su natural instinto que su mayor tesoro y más necesaria alaja son las uñas, cuando con ociosidad se pasean, las retornan y vuelven adentro porque no se emboten sin necesidad, guardando su agudeza y filos para las presas de importancia y cosas de veras. Imita, pues, a estos animales; más vale que sus uñas, tu entendimiento, no le emplees en escudriñar vidas y secretos ajenos. Demás desto vuelve sobre ti y contempla la tuya y hallarás tanto que enmendar que no te deje tiempo para mirar a los otros. (1624b, 26v-28)

Sobre la poesía y los poemas en *Amor con vista*

La variedad de esta singular obra no termina con este episodio. Siguiendo la costumbre de los libros de pastores (que tampoco es inusual en la novela corta) encontramos composiciones poéticas repartidas a lo largo de los tres capítulos. Parece que Enríquez de Zúñiga prestó especial atención a este aspecto, pues, entre los añadidos que incorpora a la edición de 1634 se encuentran precisamente varios poemas. A los 13 que incluyó en la de 1625 (3 romances, 1 romancillo, 5 sonetos, 2 series de décimas, 1 serie de 8 sextetos lira y un conjunto tres dísticos latinos del *Arte de amar* de su admirado Ovidio con su traducción), suma ahora diez más (6 romances, 1 romancillo y 3 sonetos). Todos ellos de carácter amoroso, aunque no falta el humor en alguno de los que entona Dionisio, siempre en consonancia con su proceder a lo largo de la obra, como se muestra en los versos del siguiente romance:

[...] Tan suspenso me tuviste
que nunca comí sin gana
ni pude dormir con gusto
si alguno me despertaba.
Cuando me habla[ba]n de ti
mis amigos, me alegraba;
pero si me habla[ba]n de otras,
mucho más gusto me daban [...]. (12)

Amor con vista es la obra en la que Enríquez de Zúñiga exhibe por primera y única vez sus dotes como poeta, pues en la *Historia de Semprilis y Genorodano* (la otra obra de ficción que escribió) tan solo incluye algunos versos de autores latinos (Ovidio, Virgilio o Juvenal), pero nunca suyos. Con todo, estos versos que sí que han salido de su pluma no consiguen elevar la calidad de una obra tan heterogénea, asentados en temas muy manidos en la literatura pastoril sin que el ritmo o la rima consigan sacarlos del “topos” para convertirlos en composiciones de un sello atractivo y personal.

Lo que está claro es que a Enríquez de Zúñiga le interesó la poesía, no solo porque la cultiva, sino también porque la convierte en tema de conversación. En este sentido, resulta de especial interés el diálogo acerca de la poesía cultista que se entabla en el libro III entre los dos ostentadores del saber en esta obra (Eusebio y Dionisio). El resto de personajes entonan composiciones y puede que hasta las escriban, pero siempre como amantes y no como poetas. Dionisio, sin embargo, al menos en esta ocasión, ejerce como vate al que más que entretener le interesa mostrar que es capaz de inscribirse en la corriente poética culterana. Lo hace no por convicción sino por seguir la moda, como hacen tantos, convirtiéndose así en ejemplo fehaciente de su propia invectiva:

–Tened, pastores, y oíd un soneto que en este punto acabo de componer entre los cultos destos tiempos.
–¿Ahora das en esa flaqueza? –Dijo Eusebio–. Gana tienes de perder el juicio.
–¿Qué tengo de hacer –respondió Dionisio–, si veo que los que más vituperan este modo de componer son los que desean más imitarle? Dicen que esto solo es poesía y que lo demás no es sino prosa con consonantes. No quieren que se digan las cosas por

sus nombres y como de razón se debe hacer estudio, para darse un hombre a entender, ellos le hacen para oscurecer lo que hablan no considerando que por eso llaman a un hombre discreto bien entendido porque habla con tanta claridad que le entienden todos, no porque él entienda, que eso debía explicarse con voz activa y no con pasiva. Finalmente ello es una cosa que ha tomado fuerza del uso, pues solo procura cada uno hacerla (como dice Lucano) porque la hacen otros aunque más contra su voluntad sea. Destos he sido. Oíd, pues, mi soneto y para que mejor le entendáis, advertid que lo que contiene es un hombre muy airado que halló alivio en el ruido de una fuente, así dice:

Etna su boca tanto rayo espuma
 que un cielo de saliva en su querella
 estrella grava, si escupió centella,
 firmamento voluble miente en suma.
 Cual cometa que un rayo cada pluma
 Faetón brillado fue de alguna estrella
 en la región diáfana más bella
 hay quien Sol fugitivo le presuma.
 El canoro cristal o vena undosa
 del pelicano eterno de una peña
 coturno del desdén del dios del día
 que de espumas alada mariposa
 a morir en más vida nos enseña,
 treguas dio a su cuidado en su armonía. (85v-86)

Generalmente, la teoría que se debate en esta obra aparece expuesta y sentenciada por Eusebio y experimentada por Dionisio. Ya lo hemos visto en el viaje aéreo. El estudiante es el que va de un cielo a otro, el que hace los cálculos de las distancias, el que sabe de primera mano cómo es el universo, aunque sea sobre los dudosos cimientos del sueño y sobre la frágil credibilidad que despierta. Sin embargo, es Eusebio el que completa aquella descripción gracias al conocimiento que ha adquirido en sus libros. Algo semejante a lo que ocurre ahora, pues, a pesar de que ambos comparten la misma opinión sobre la poesía cultivada por los seguidores de Góngora, es Dionisio el que se convierte con su soneto y su afán de poeta en la prueba de lo pernicioso de esta moda. No hace uso de neologismos extravagantes o reiterados latinismos, no sabemos si por voluntad o por impericia, pero sí que recurre de manera clara al empleo de una enrevesada sintaxis, que es lo que le obliga a explicar su poema antes de recitarlo. Tras escucharlo, Eusebio sentencia en contra de esa caterva de osados y oscuros poetas; nunca de Dionisio, cuyas veleidades poéticas carecen de seriedad:

De manera, Dionisio, que quien compone deste modo no solo no acierta mas peca contra todo el arte de la retórica, porque sabida cosa es que cualquier género de elocución, ya en metro o ya en prosa, requiere palabras claras, de manera que para entender lo que significan no sea menester explicación ni particular diligencia [...]. Así que me río yo mucho de algunos poetas que ponen su mayor felicidad en hacer sus obras con tal arte que aun ellos mismos no las entienden, dando arrogantes por causa dello que solo se hacen para el ingenioso y docto, no considerando que el que lo fuere no desprecia lo fácil elegante y el que no se queda ignorante de todo. Y, así, el Derecho reprueba y tiene por no escrito lo que se escribe de tal suerte que no se deja entender. Por lo cual, los estoicos eran tan amigos de hablar claro que tuvieron por

opinión, según Marco Tulio, que aun las cosas que por lascivas, asquerosas o sucias pa[r]a la política urbanidad deben llamarse por sus nombres y no hoy que para cada palabra se andan buscando frasis y modos extraordinarios, digan o no digan el pensamiento de lo que se habla. Abuso introducido también entre predicadores. (86r-v)

A esa oscuridad contribuye el empleo de un recurso que tampoco escapa a sus críticas y que Dionisio conoce perfectamente, pues es capaz de describirlo y ejemplificarlo, aunque ignore su nombre. Para definirlo ya está Eusebio:

Pues otra cosa hay no menos digna de reprehensión que esta –dixo Dionisio–, y es usar estos poetas de una transgresión o mudança en las palabras que es menester construir las como si dixésemos:

No al que en mar proceloso fatigado
navegante se vio triste y perdido
batir las aguas.

Este es un tropo –dijo Eusebio– que la retórica llama hipébaton o hipérbasis, y aunque de todos usamos lícitamente en nuestra lengua castellana, este solo por su escabrosidad y dureza ha quedado reservado a la latina y griega, y cierto que temo lleguen a usar dél en su rigor no contentándose con la distinta colocación de las palabras sino dividiéndolas a ellas mismas, como en este verso a S. Sebastián: “Sebas saeva patitur pro Christo tela tiamus”.

Cosa aun en latín poco usada y que en castellano sería del todo ridícula, como si dijésemos:

Y sujeto de amor a las pasiones,
turba me nacen, si la miro, ciones.

Efectivamente, algunos manuales de latín del siglo XVIII nos hablan de versos dificultosos como este sobre la vida de san Sebastián que se citaba en la versión “Sevas saeva tulit pro Christo tela tianus” (Lama 1762, 169). Se trata de un tipo de tmesis o encabalgamiento léxico que en castellano se utilizó como dardo contra la jerigonza gongorina. De hecho, forma parte de la “Receta para hacer soledades” que recomienda Quevedo en su *Aguja de navegar cultos*: “Quien quisiere ser culto en solo un día / la jeri (aprenderá) gonza siguiente”. Una manera de llevar la hipérbole al extremo de dividir en dos una palabra, insertando otras entre ambas partes en un peligroso equilibrio de sentido y sintaxis. Este extraño recurso sería el resultado extremo de ese furor poético que desembocó en divertidas exageraciones, como la que escribió Juan de Jáuregui (otro de los ilustres críticos del estilo culterano) en su *Epilogo más que poético de la vida de santa Teresa*: “Musa, si me das tu ardiente / furor, de la santa mía, / con tu buena licencia / alta –espero cantar– mente” (Aurora Egido 1987, 86).

En *Amor con vista*, estos desvaríos son condenados por el sensato Eusebio para quien solo hay una manera de escribir versos:

Lo cierto es que la poesía ha de ser como la del insigne Lope de Vega Carpio –ilustre gloria de nuestra española nación– y como la del excelente Ovidio en su tiempo, tan parecidas en el natural próspero, en lo dulce, elegante y claro de las palabras, y sobre todo en lo delgado y vivo de los pensamientos, que no sé si Lope de Vega compone con el espíritu de Ovidio o este compuso con el de Lope. (87r-v)

Una alabanza que en absoluto resulta gratuita, pues el Fénix era referente no solo por su poesía sino también por su postura en contra de esa moda culterana. Queda, así, patente la admiración que le profesó Enríquez de Zúñiga, que sería correspondida por Lope al dedicarle unos versos en su famoso *Laurel de Apolo*.²³

Reflexiones finales

Todo esto cabe en *Amor con vista*. Todos estos son los mimbres con los que Juan Enríquez de Zúñiga creó su primera obra de ficción, en la que recurrió al disfraz pastoril más que para esconder sucesos de la vida real, para dar entrada a otras historias de muy distinta índole. Lo hacía en un claro ejercicio de hibridismo muy del gusto de la época. El sentido y el engarce que le dio ya es otra cosa.

Amor con vista es una obra que ha pasado desapercibida, oculta en esa indeterminación genérica, en esa amalgama de contenidos. En sus páginas hay pastores y crítica al mundo pastoril, novela corta y didactismo, erudición y sátira, poesía e invectiva poética. Lo que se expone va acompañado casi siempre de una visión crítica o didáctica planteada desde el enfoque filosófico de este jurista convertido en narrador. Quizá todos esos aspectos que le preocupaban, la importancia que concedía al saber o esa visión de la sociedad que proyecta abiertamente en sus *Consejos políticos y morales* nos permita entender que esta obra transite por territorios tan ajenos y nos lleve a la paradoja de encontrar en su pecado su mejor virtud.

Obras citadas

- Arredondo, M.^a Soledad. “Las críticas a los libros de pastores: de la ironía a la parodia.” *Dicenda* 6 (1987): 349-358.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. *La novela pastoril española*. Madrid: Istmo, 1974.
- Castillo Martínez, Cristina. “El premio de la constancia y pastores de Sierra Bermeja (Madrid, 1620), de Jacinto de Espinel Adorno: la experiencia del más allá.” En Juan Matas Caballero y José Manuel Trabado Cabado coords. *La maravilla escrita. Torquemada y el Siglo de Oro*. León: Universidad, 2005a: 273-286.
- . “Críticas a los libros de pastores en la literatura del Siglo de Oro.” En Carlos Mata y Miguel Zugasti eds. *Actas del congreso “El Siglo de Oro en el nuevo milenio”*. Vol. 1. Pamplona: Eunsa, 2005b. 393-404.
- . “Novela pastoril y novela corta: cruce de caminos.” En Isabel Colón Calderón, David Caro Bragado, Clara Marías Martínez y Alberto Rodríguez de Ramos eds. *Los viajes de Pampinea: novella y novela española en los Siglos de Oro*. Madrid: Sial, 2013. 225-236.

²³ “Guadalajara, donde dan reflejos / de las ciencias de Henares tantos soles, / aunque vuelve los mismos tornasoles / que suelen al del cielo los espejos, / dice que al cielo sus ingenios debe, / que no a la esfera que tan cerca vive, / y para que lo pruebe, / el de don Juan Enríquez apercibe, / aquel que osó pintar de Amor la vista, / porque, si ciego, no hay quien le resista, / ¿qué hará con ella Amor? Mas tema luego, / no se arrepienta de no verle ciego, / que por el mismo estilo / su mismo ingenio castigó a Perilo, / y Amor, si no corrige el pensamiento, / volverase tirano de Agrigento; / pero quien supo hallar a *Amor con vista* / también tendrá virtud que le resista” (silva IV, vv. 441-458).

- Catalina García, Juan. *Biblioteca de los escritores de la provincia de Guadalajara y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX*. Madrid: Est. Tipográfico “Sucesores de Ribadeneyra”, 1899.
- Cayuela, Anne. “La prosa de ficción entre 1625 y 1634: Balance de diez años sin licencias para imprimir novelas en los Reinos de Castilla.” *Mélanges de la Casa de Velázquez* 29.2 (1993): 51-76.
- Egido, Aurora. “La invención del amor en la *Diana* de Gaspar Gil Polo.” *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 6 (1987): 383-397.
- . “La *hidra bocal*. Sobre la palabra poética en el Barroco.” *Edad de Oro* VI (1987): 79-113.
- Eliade, Mircea. *El vuelo mágico*. Victoria Cirlot y Amador Vega eds. y trads. Madrid: Siruela, 1995.
- Enríquez de Zúñiga, Juan. *Amor con vista. Lleva una summaria descripción del mundo, ansi de la parte elemental, como de la aetherea*. Madrid: Juan Delgado, 1625.
- . *Historia del primer César*. Madrid: viuda de Juan González, 1633.
- . *Amor con vista*. Cuenca: Julián de la Iglesia, 1634a.
- . *Consejos políticos y morales*. Cuenca: Julián de la Iglesia, 1634b.
- García Santo-Tomás, Enrique. *La musa refractada. Literatura y óptica en la España del Barroco*. Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2014.
- González de Amezúa y Mayo, Agustín. “Un escritor olvidado. El Dr. D. Juan Enríquez de Zúñiga.” En *Opúsculos histórico-literarios*. Vol. 1. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/ Instituto Miguel de Cervantes, 1951.
- González Rovira, Javier. *La novela bizantina de la Edad de Oro*. Madrid: Gredos, 1996.
- Hebreo, León. *Diálogos de amor*. Inca Garcilaso de la Vega trad. En Marcelino Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*. Vol. 4. Madrid: Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1915. 278-459.
- Lama, Juan de. *Florilegium latinum sive hortus proverbiorum phrasium...* Madrid: Imprenta de Antonio Marín, 1762³.
- Lama, Víctor de. “Un catálogo de relatos de viajes a Tierra Santa del doctor Paulo de Zamora en la *Aprobación* (1621) de la *Relación nueva...* de fray Blas de Buyza (1622).” *Boletín de la Real Academia Española* XCV (2015): 119-141.
- Layna Serrano, Francisco. *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*. Vol. 4. Guadalajara: Aache, 1996.
- López Estrada, Francisco, Javier Huerta Calvo y Víctor Infantes de Miguel. *Bibliografía de los libros de pastores en la literatura española*. Madrid: Universidad Complutense, 1984.
- López Estrada, Francisco. “Los libros de pastores.” En *La novela española del siglo XVI* Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2001: 127-215.
- Losada Palenzuela, José Luis. “El toro y el héroe: variación del motivo en la narrativa de Juan Enríquez de Zúñiga.” *Edad de Oro* XXXV (2016): 239-250.
- Llopis Fuentes, Roger. “El personaje del arbitrista según Cervantes y Quevedo.” *Cincinnati Romance Review* 10 (1991): 111-121.
- Miscelánea histórico política*. Vol. 2. BNE Mss/11206.
- Moll, Jaime. “Diez años sin licencias para imprimir comedias y novelas en los reinos de Castilla.” *Boletín de la Real Academia Española* LIV (1974): 97-103.

- Montemayor, Jorge de. *Los siete libros de la Diana*. Francisco López Estrada y M.^a Teresa López García-Berdoy eds. Madrid: Austral, 1997.
- Patch, Howard Rollin. *El otro mundo en la literatura medieval*, México/Madrid/Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Peale, G. George. "La metáfora y sintáxis satírico-reductivas en *El Diablo cojuelo*." *Bulletin Hispanique* 78.1 (1976): 5-33.
- Ripoll, Begoña y Fernando R. de la Flor. "Los cien *Libros de novelas, cuentos, historias y casos trágicos* de Pedro Joseph Alonso y Padilla." *Criticón* 51 (1991): 75-97.
- Samósata, Luciano. *Icaromenipo o Menipo en los cielos*. En Luciano de Samósata, *Relatos fantásticos*, Carlos García Gual trad. Madrid: Alianza, 2008. 89-113.
- Solé-Leris, Amadeu. "The theory of love in the two *Dianas*: a contrast." *Bulletin of Hispanic Studies* XXXVI (1959): 65-79.
- . *The Spanish Pastoral Novel*. Boston: Twayne, 1980.
- Urí Martín, Manuel. "Crisis y arbitrista: Quevedo y el pensamiento económico español del Siglo de Oro." *La Perinola* 2 (1998): 263-300.
- Vaíllo, Carlos. "Un libro híbrido y marginado de pastores del siglo XVII: El amor con vista, de Juan Enríquez de Zuñiga." En Roger Friedlein, Gerhard Poppenber y Annett Volmer eds. *Arkadien in den romanischen Literaturen: zu Ehren von Sebastian Neumeister zum 70. Geburtstag*. Heidelberg: Winter Verlag, 2008. 387-394.
- Vega, Lope de. *La Arcadia*. Edwin S. Morby ed. Madrid: Castalia, 1975.
- . *Comedias. Parte II*. Vol. 1. Silvia Iriso coord. Lleida: Milenio, 1998.
- . *Novelas a Marcia Leonarda*. Antonio Carreño ed. Madrid: Cátedra, 2002.
- Vilar Berrogain, Jean. *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro*. Madrid: Revista de Occidente, 1973.